

BALMES, UN PENSADOR DE HOY

Julián Sanz Pascual
Licenciado en Filosofía

¿Quién de los que en nuestro país se consideran con una cierta cultura filosófica no conoce el nombre de Jaime Balmes? ¿Quién no sabe que es un filósofo catalán de la primera mitad del siglo XIX? ¿Pero qué más se sabe de él? Lo que puedo asegurar es que, en el ámbito de los que nos dedicamos a este poco habitual saber que es la filosofía, no se puede pronunciar su nombre sin que se conmuevan las piedras, sin que se provoque una dura polémica.

Lo que ocurre hoy en realidad es que ya ese nombre ni siquiera se pronuncia. Recuerdo, no obstante, que allá por el año 1976, en la Facultad de Filosofía de la Complutense de Madrid, en unas conferencias que en el último curso el profesor Rábade nos impartió sobre David Hume y el sentido común escocés del siglo XVIII, a nuestro pobre Balmes nos lo despachó con estas despectivas palabras: “En España el sentido común de la filosofía escocesa se juntó con el sentido práctico catalán, y apareció Balmes”.

Yo por aquellas fechas ya había comenzado a interesarme por el pensador catalán, pero aún no lo había estudiado a fondo para haberle replicado como era debido, suponiendo que me lo hubiese permitido. Sin embargo, al salir de clase, en una tertulia de compañeros, como se me ocurriese decir que el profesor Rábade había sido injusto con Balmes, uno de ellos me replicó: “¡Pero, hombre, Balmes a estas alturas!”. La frase me dejó cortado, pero no tardé en reaccionar, y al instante le pregunté cuántos libros había leído de Balmes. Su respuesta no pudo ser más contundente, por no decir más airada: “¡Ninguno!”. La mía fue: “Pero qué ibérico eres, muchacho”. Era evidente que aquel “estudioso” de la filosofía, persona ya de edad madura como la mayoría de los que en el turno de noche ocupábamos las aulas de aquella Facultad, sólo conocía a Balmes de oídas; peor aún, estaba cargado con toda la sarta de prejuicios que, por diferentes azares de nuestra mala historia, se habían ido acumulando en torno al pensador catalán.

Un episodio muy significativo fue que en las oposiciones a Cátedra de Filosofía de Instituto del año 1969, la suerte o la mala suerte quiso que en una de las pruebas cayese el tema “Balmes”. Algunos de los opositores, unos diez o doce, se negaron a contestar a esa pregunta y como protesta se salieron del examen. Después el tribunal, según me han contado, aclaró que en dicho tema habían sido muy benévolo a la hora de calificar.

Otro episodio de aquellos tiempos, del año 77 debió de ser, fue una pequeña polémica que se inició en las páginas de EL PAÍS SEMANAL con motivo de una carta que yo mismo había escrito como comentario a un artículo que en dicho periódico se había publicado sobre la teoría de la relatividad de Einstein. Lo que yo reivindicaba para el pensador catalán era un lugar entre los mejores precedentes de dicha teoría. Entre las tres o cuatro respuestas que otros tantos lectores me dieron a través del mismo periódico me dejaron planchado. Desde luego ninguno había leído a Balmes, sino que de lo que se trataba era de la defensa a ultranza del honor cultural y científico nacional, es decir, de nuestro complejo de inferioridad en materia filosófica y científica.

La verdad sea dicha, yo por aquel entonces sólo había comenzado a interesarme por Balmes y apenas había leído, además de algunos capítulos de *El Criterio*, el libro III de su *Filosofía fundamental*, “Extensión y espacio”, uno de mis temas favoritos y sobre el que iba a versar mi después

rechazada tesis doctoral, *La cuarta dimensión del espacio* ⁽¹⁾. Pensando en cuatro dimensiones y no en tres como tradicionalmente se nos ha enseñado, con desarrollos aritméticos y geométricos combinados, sin otros instrumentos que una regla y un compás, además de unos folios y un bolígrafo, había podido solucionar una ecuación de hasta quince cubos, cosa que a ningún matemático se le había ocurrido ni siquiera como posibilidad, pues el célebre teorema de Fermat afirma que una ecuación de tres cubos no tiene soluciones racionales ¿en qué cabeza cabe que pueda tenerlas una de quince?. Pues en una cabeza tan poco formal como la mía, como yo creo que era la cabeza de Balmes. Mi prueba aquí está:

$$96^3 = 78^3 + 66^3 + 42^3 + 25^3 + 24^3 + 18^3 + 17^3 + 15^3 + 14^3 + 12^3 + 7^3 + 5^3 + 4^3 + 3^3$$

Para esto me habían de servir algunas ideas del libro de Balmes, que había despertado en mí un gran entusiasmo por el aspecto científico que había descubierto en su filosofía. Sin embargo, como en aquel momento carecía de la formación suficiente, tanto de filosofía de la ciencia como de su historia, para hacer frente a aquellas “luminarias” que me replicaron en El País a través de cartas, opté por callarme. La verdad es que yo, con aquella primera carta, lo único que pretendía era provocar los estudios sobre el pensador catalán, interesar en su filosofía a alguien que supiera más que yo. Lo que conseguí, sin embargo, fue irritar a cierta gente, lo que a su vez se tradujo en una andanada de reproches que a punto estuvieron de quitarme para siempre las ganas de volver a dedicarle un letra a este pensador.

Uno de los rasgos más relevantes de la historia que se ha desarrollado en torno a la figura del filósofo catalán, es el de la mala prensa de que tradicionalmente ha *disfrutado* en nuestro país. Acaso esto pueda explicarse por la coyuntura histórica que le tocó vivir y por todos los avatares que se han seguido después hasta nuestros días. Es que los aires que han soplado no le han sido muy propicios. Para empezar, fue catalán, pero no fue catalanista, como afirma Joan Maragall ⁽²⁾, lo que le ha valido que para mucha gente de esa cultura Balmes apenas sea algo más que una calle muy larga en la ciudad de Barcelona. “Balmes tiene nombre de calle”, he oído comentar más de una vez en tono despectivo. En efecto, nuestro autor no fue catalanista, sino que entendió la filosofía en los ámbitos de la mayor universalidad, muy lejos de cualquier localismo o regionalismo o nacionalismo.

Él fue catalán hasta la médula de su ser, eso sí, pero entendió la catalanidad no como un mirarse el ombligo hacia adentro, sino como un abrirse sin complejos hacia afuera. Por eso, creo yo, escribió en castellano, una lengua de proyección más amplia que el catalán. Pero además escribió en un castellano vivo, tan vivo que hoy se le puede leer como al mejor escritor castellano de su tiempo, lo que no quiere decir que no cometa algún que otro error de léxico, especialmente debido a su buen conocimiento del latín o por influencia del propio catalán. Así, cuando usa “principiar” en lugar de “comenzar”. Por eso no entiendo muy bien lo que en este sentido dice Julián Marías: “Su prosa, de matiz catalán muy acusado, carece de valor estético” ⁽³⁾.

No sé lo que entiende Marías por “valor estético”, mucho menos refiriéndose a una prosa que ante todo y sobre todo ha de tener una función didáctica, que en este terreno la de Balmes es modélica. Si por algo se caracteriza es por su legibilidad, por su transparencia, por su *claridad* y *distinción*, según el ideal cartesiano que él siguió siempre muy bien. Es que la de Balmes es una prosa que recuerda con mucha frecuencia la del pensador francés, al menos en lo que se refiere a su sentido de la eficacia. También se podría decir que responde al lema orteguiano compartido por cualquier pensador que quiera ser honesto, el de que “La claridad es la cortesía del filósofo”. En Balmes se podría decir aún más: “La claridad es la esencia del filósofo”.

Pero Balmes, como hombre de la modernidad que era, no se conformó con el castellano, sino que aprendió el francés para ir a París y poder leer allí a autores como Kant (1724-1804), que en España le estaban vedados. También aprendió inglés para poder ir a Londres a ampliar sus lecturas. Su principal mérito en esta apertura hacia el exterior fue el habernos traído el pensamiento del filósofo de Königsberg, no el de Hegel o el de Fichte o el de Schelling, que eran los que en su tiempo estaban más

de moda, sino el del verdadero maestro del idealismo alemán, el que sin duda mejor está resistiendo el paso del tiempo.

Pero es que además nos trajo ese pensamiento no de forma dogmática o reverencial, que es como en este país se ha enseñado y se ha entendido generalmente, sino de forma crítica, crítica y respetuosa, eso sí, que es como únicamente un autor puede resultar atractivo para cualquier estudioso. Esto en lo que se refiere al estudio de Kant que hace en su *Filosofía fundamental*, no así al que hace en su *Filosofía elemental*, en la historia de la filosofía que allí nos ofrece, cosa que posiblemente habría que reprocharle. Aunque cabe la explicación, por no decir la disculpa, de que los destinatarios del primer libro eran los alumnos de nivel universitario, mientras que los del segundo eran los de un nivel docente inferior. O acaso también por los diferentes momentos en que ambos libros fueron escritos.

Frente a este hecho, está el episodio de otro ilustre pensador de su tiempo, Julián Sanz del Río, hoy profundamente olvidado. Este profesor de filosofía fue becado para ir a Alemania en 1841 a fin de informarse de las causas del esplendor cultural y científico de aquella nación. Y nos trajo la filosofía de Krausse, el llamado krausismo, que apenas representaba un epígono oscuro del brillante idealismo alemán que Kant había inaugurado en el último tercio del siglo anterior. Ciertamente, sin embargo, que al krausismo se le debe, entre otras cosas, “La Institución Libre de Enseñanza”, que forma parte destacada de nuestra mejor cultura laica⁽⁴⁾.

A Balmes y a su obra, también a la historia de su obra, hay que inscribirlos dentro de la historia de nuestro país, de nuestra atormentada historia, tanto la del siglo XIX como la del XX, en éste con dos dictaduras, la segunda de casi cuarenta años, con el paréntesis de libertad política de la II República y la reacción traumática de la Guerra Civil del 36. Hasta que, en la segunda mitad de los años setenta, se ha instaurado una aceptable democracia que parece dispuesta a adentrarse en este siglo XXI con una razonable buena salud. Justo es reconocer que las ideas políticas de Balmes son de tendencia conservadora, aunque de ninguna manera se las puede considerar como reaccionarias. Quizá su lenguaje sea conservador, pero en el sentido de moderado, sin embargo no es conservador el fondo de sus iniciativas.

También puede considerarse conservador, al menos para aquellos tiempos tan revolucionarios, su modo de luchar; pero esto hay que inscribirlo en la profunda formación cristiana que tenía, yo diría más bien evangélica, donde los medios jamás se justifican en el fin, lo que, como ahora mismo estamos viendo, nuestra reciente democracia ha asumido ya como el más fundamental de los principios. Lo que sí es cierto es que los escritos de Balmes han sido utilizados a veces como instrumento del conservadurismo más tramontano.

Justo, pues, es reconocer que Balmes vivió en el momento en que vivió, que fue educado en el ambiente clerical de su época, que, desde la modestísima situación económica en que se encontraba su familia, sólo pudo estudiar para clérigo, más aún en la episcopal ciudad de Vic. A esto hay que añadir un hecho absolutamente paralizante para su progreso intelectual, su muerte temprana, ya que su vida no alcanzó ni los treinta y ocho años, una edad en la que generalmente comienza el periodo más brillante de la madurez del intelectual y a la que muchos autores aún no han escrito nada destacable. Kant, por ejemplo, tenía ya cincuenta y cinco años cuando publicó la primera edición de la *Crítica de la razón pura*, un libro sin el que hoy posiblemente ni siquiera conoceríamos su nombre.

Queremos decir con esto que el pensamiento de Balmes fue un pensamiento que se quedó en el aire, muy especialmente su pensamiento político. Su última obra, publicada poco antes de su muerte, un opúsculo titulado *Pío IX*, puede considerarse como el inicio de una crisis que no tuvo tiempo de madurar. Aunque a él nos referiremos en otros artículos, queremos adelantar aquí que su lectura llenaría de asombro a los que no tienen de nuestro autor otra imagen que la del archiconservador de turno en cuya cabeza no hay otros horizontes que los de conseguir que nada se mueva. Bástenos decir por ahora que la conmoción que este escrito produjo en los ambientes católicos de la época le

acarrear sin duda los momentos más amargos de su no dilatada existencia; es más, bien se puede decir que la campana (de la muerte) le salvó en el último segundo. Tan es así que, según algunos biógrafos, no faltaron voces que propusiesen la eliminación de ese texto de sus obras, y mutiladas así aparecen algunas ediciones.

En cuanto a los aspectos más puros de su pensamiento, su *Filosofía fundamental* sobre todo, constituyen uno de los proyectos más ambiciosos del pensamiento universal, uno de los más logrados sin duda del pensamiento español. Aunque no participo en general de los arrebatos retóricos de nuestro Marcelino Menéndez y Pelayo, sí comparto algunas cosas de las que dice sobre este libro: “El único libro español de la primera mitad de nuestro siglo (el XIX), en el que se ve un esfuerzo propio e independiente para llegar a la verdad metafísica, el único que puede compararse con las obras de nuestros grandes pensadores de otros tiempos o con las que entonces se escribían en otras partes de Europa, es la *Filosofía fundamental*, libro que precisamente por su originalidad no ha encontrado mucho favor entre los neoescolásticos, que evitan hablar de él o lo hacen sólo con reticencias y salvedades, y hasta con marcada frialdad, como si un sólo capítulo de Balmes no valiese más que todos los manuales y rapsodias que ellos han hecho” ⁽⁵⁾. La pena es que, al lado de estas frases tan laudatorias, que fácilmente suenan a huecas, no se hayan desarrollado estudios serios y rigurosos sobre las obras de Balmes, especialmente sobre la que cita Menéndez y Pelayo.

Basta señalar los títulos de algunos de los diez libros en que se divide, para comprender el enorme interés que tienen en relación con el pensamiento de hoy y de siempre: “De la certeza”, “La extensión y el espacio”, “El tiempo”, “Necesidad y causalidad”. ¿No se trata de temas de la máxima actualidad de la física de hoy mismo? ¿No es el tema de la certeza o certidumbre el que más quebraderos de cabeza ha proporcionado a los físicos de finales del siglo XIX y de todo el XX? ¿No es el “principio de incertidumbre” de Werner Heisenberg uno de los puntales de la física del siglo XX? ¿Y qué decir del tiempo? ¿No es éste el tema que más incomoda a nuestros físicos, al menos desde que la teoría de la relatividad lo descubrió como la clave de muchos de sus problemas? ¿No es sorprendente que en un país como el nuestro en el que tan poco se lee, al menos según el tópico más extendido, un libro como *Historia del tiempo*, del físico inglés Stephen W. Hawking, tuviese siete ediciones en no más de medio año? ⁽⁶⁾.

A la luz de cuanto acabamos de decir, cabe preguntarse por qué Balmes no ha tenido en nuestro país algún seguidor de talla, algún descubridor de su moderna manera de ver las cosas. Y no es que nuestros filósofos más ilustres no se hayan ocupado de él, que algunos sí lo han hecho en alguna ocasión, aunque generalmente de forma poco generosa cuando no despectiva.

Ortega y Gasset, por ejemplo, con motivo del primer centenario del nacimiento de Balmes (1910), refiriéndose a alguien que por esas fechas había ensalzado su figura, dice lo siguiente: “No es bastante citar nombres que suenan con una imprecisa magnificencia; hoy mismo leo unas faltas de discreción y de finura moral que un hombre dejado de la mano de Dios comete a propósito de Balmes. Este hombre dice que Balmes está injustamente olvidado, que es un pensador profundo y demás palabrería del viejo y peor periodismo. Y me pregunto: ¿Qué idea determinada, qué hallazgo, qué invención, qué algo concreto podíamos hallar los españoles en Balmes con lo cual enriqueceríamos la vida interior? El aludido periodista no lo dice; mientras no lo diga, lo que hoy escribe permanecerá en la ridícula posición de haber dicho algo que no es nada a la postre. Conviene ser en esta materia veraz consigo mismo, y ante las glorias nacionales pasadas o presentes demandarse estrictamente: ¿Qué idea, qué emoción, qué molécula viva de mi alma debo yo a ese hombre?” ⁽⁷⁾.

Comparto con Ortega que “no es bastante citar nombres que suenan con una imprecisa magnificencia”, que ésta sí la tiene Balmes, mejor dicho, la ha tenido, lo que ha sido su gran desgracia; si no que es necesario descubrir en él, en sus obras, en las escritas y en las no escritas, en su propia vida, lo que de valor haya podido aportarnos, las emociones que configuren nuestra manera de ser y las ideas que constituyan nuestra manera de pensar.

Unamuno resulta aún más demoledor, pues ya no pregunta, que es la actitud propia del filósofo, sino que afirma: “No cabe formarse una regular idea de lo que fueron los portentosos sistemas de Kant, Hegel, Fichte, Schelling, etc., por lo que de ellos nos dice Balmes en su *Filosofía fundamental*. Balmes no los comprendió, ni podía, en rigor, comprenderlos. Pero a través de sus pálidas traducciones, deformadas casi siempre, se adivina el original...”.

“No he podido volver a leer a Balmes -prosigue Unamuno-. Cuando lo he intentado, me ha saltado al punto a la vista la irremediable vulgaridad de su pensamiento, su empacho de sentido común. Y el sentido común es, como dicen que decía Hegel, bueno para la cocina. Con sentido común no se hace filosofía...”.

“Su fuerte dosis de sentido común, práctico catalán, le apartó de todo misticismo. No había en él la estrofa de un San Juan de la Cruz, el castellano. Vich no es Fontiveros. No hay sino leer en el capítulo XXVIII de la ética de su *Filosofía elemental* las páginas que dedica a la inmortalidad del alma y a los premios y penas de la otra vida. Todo es el más sosegado sentido común: falta el soplo del misterio. Es una disertación retórica y hasta elocuente. ‘La inmortalidad nos encanta’, dice con encantadora sencillez”⁽⁸⁾.

Lo que más sorprende de este texto es que, a pesar de querer ser despectivo y hasta demoledor con la filosofía de Balmes, al final resulta que, en el terreno de la ética, le coloca en los altares de la más viva actualidad. Porque, la verdad, ¿quién hoy, a estas alturas, se toma ya tan al pie de la letra como pretendía Unamuno eso de la inmortalidad del alma? ¿No es cierto, sin embargo, que es una cosa que a todos nos encanta?

En cuanto a los manuales de la historia de la filosofía que me tocó en su momento manejar en la Facultad -me refiero a los de autores españoles-, no puedo olvidar el de Luis Cencillo, sacerdote exjesuita, que empieza diciendo que Balmes se formó “en el Seminario de Cervera”. (*Historia de la reflexión*, Publicaciones de Hª de los Sistemas, Universidad Complutense de Madrid, 1972, pp. 362-4) Esto, aparte de ser una falsedad como un castillo, pues no fue en el seminario de Cervera, sino en la Universidad de Cervera, revela en el autor un desconocimiento de algo que es esencial en la historia de Cataluña: el origen de esta Universidad, que sustituyó a la de Barcelona cuando ésta fue suprimida por Felipe V como castigo por el apoyo que los catalanes habían prestado al archiduque Carlos en la Guerra de Sucesión. La desaparición y muerte final de la Universidad de Cervera -Cervera es un pueblo no muy grande de la provincia de Lleida-, con todo lo que esto suele tener de traumático para la vida académica, coincidió prácticamente con el momento en que Balmes acababa sus estudios oficiales, lo que debió de marcar profundamente sus años jóvenes de formación.

Yo diría que Balmes fue una víctima más de aquella situación tan injusta que padeció Cataluña. Él pretendió después enseñar en la Universidad de Barcelona recién reinstaurada, pero no lo consiguió. En cuanto a la exposición que Luis Cencillo, en dos páginas, hace de la filosofía de Balmes, cabe decir algo semejante a lo que hemos dicho de su historia en lo que se refiere al importantísimo detalle de Cervera, que sus afirmaciones no son el resultado de una investigación seria, creo yo, sino de haber recogido todos los tópicos que se han fabricado en torno al pensador catalán. Para empezar y contra lo que tan claramente ha dicho Menéndez y Pelayo, le considera como un neoescolástico, estableciendo un paralelismo, a mi modo de ver injustificado, con el jesuita Francisco Suárez.

Lo que sí es cierto es que Balmes conocía muy bien la filosofía escolástica, pero esto no quiere decir que se identificase con ella. Por otra parte resulta contradictorio cuando este profesor afirma que Balmes, en su concepción del mundo físico, se inclina al geometrismo cartesiano. No es posible ser escolástico y ser cartesiano. Por otra parte, hay libros de la *Filosofía fundamental* en que Balmes rechaza frontalmente el geometrismo cartesiano, llegando a afirmar que la esencia de las cosas no es la extensión como había afirmado el pensador francés, sino el tiempo, lo que es precisamente el rasgo

más característico de la impresionante modernidad del pensamiento de Balmes en lo que se refiere a los temas de la física.

A esta falta de perspicacia, por no decir de sensibilidad filosófica de nuestros más ilustres pensantes, yo añadiría hoy como más nefasta una tendencia que se va imponiendo cada vez con más fuerza, la de considerar a la filosofía como un saber de letras. Los efectos no pueden ser más devastadores, pues los diferentes saberes se convierten así en compartimentos estancos en los que nadie se enriquece con nadie, y todos acaban empobreciéndose de raíz.

En el terreno del pensamiento político, me acaba de sorprender lo que el profesor Santos Juliá en su reciente y documentadísimo libro *Historia de las dos Españas* dice: “Balmes, que habló de innovadores y tradicionales, no tiene ninguna responsabilidad en el mito de España y Anti-España tal como lo recitaron los obispos Gomá i Tomás y Pla i Daniel, catalanes como el mismo Balmes” (Taurus Historia, Madrid 2005, pág. 19). En eso estamos nosotros y me parece que la lectura de este singular libro debe empezar a despojar a Balmes del sambenito de archiconservador con que la gente más reaccionaria de nuestro país le ha pretendido vestir desde que desapareció de escena en 1848.

Con respecto al último libro que escribió Balmes, al que ya nos hemos referido, anoto como muy significativo que en la prestigiosa *Historia de España*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, se refiere al opúsculo de Balmes *Pío IX* como a una biografía de ese Papa, lo que es absolutamente falso, pues no se trata de una biografía, sino de un entusiasta alegato a favor de las reformas democráticas que este pontífice impulsó en los Estados Vaticanos en el primer periodo de su largo reinado, los que después se frustraron por los acontecimientos históricos que se sucedieron, los que Balmes no pudo conocer. Esto indica que el historiador ni se ha molestado en echar una ojeada a dicho opúsculo, sino que está escribiendo a su aire o al aire que le han soplado.

-
- (1) Ver: JULIÁN SANZ PASCUAL: *La cuarta dimensión, una alternativa al teorema de Fermat (Nueva filosofía de las matemáticas)*, Segovia 2002.
 - (2) JOAN MARAGALL: *Elogio de la palabra y otros artículos*, Biblioteca Básica Salvat 1970, p. 123.
 - (3) JULIÁN MARÍAS: *Diccionario de la literatura española*, Revista de Occidente, Madrid 1953, p. 71.
 - (4) KRAUSSE / SANZ DEL RÍO: *Ideal de la humanidad para la vida*, Ed. Orbis, Barcelona 1985, pp. 17-20.
 - (5) M. MENÉNDEZ Y PELAYO: *Crítica literaria*, 2ª serie, 1895, p. 42.
 - (6) STEPHEN W. HAWKING: *Historia del tiempo*, Crítica, Barcelona 1989.
 - (7) J. ORTEGA Y GASSET: “Nueva revista”, *El Imparcial*, 27 de abril de 1910. En tomo I de las *Obras completas*, 1946.
 - (8) MIGUES DE UNAMUNO: *Contra ésto y aquéllo*, Madrid 1910.